



Vigilia Pascual

Concatedral de San Nicolás, Alicante, sábado 11 de abril de 2020

Hemos iniciado esta Vigilia Pascual partiendo de lo que es y significa el Sábado Santo, día del Dios oculto, sepultado. Día amargo de silencio y soledad profunda. Día sin Él. Algunos –hace tiempo- ya escribieron que nuestra época se parece a un gran Sábado Santo, por esa ausencia, ocultación de Dios. Me pregunto: ¿qué hubieran escrito si vivieran estos días dramáticos de dolor, incertidumbre y muerte traídos por la pandemia? ¿Qué dirían ante templos cerrados, ante una Semana Santa –como un gran Sábado Santo- en lo exterior?

De ahí, del Sábado, hemos entrado en la Vigilia Pascual en la que todo cambia. En medio de la oscuridad se ha encendido el Cirio Pascual, símbolo de Cristo Resucitado, de quien encendemos nuestra luz; que brilla y nos ilumina por fuera y, sobre todo, por dentro, así nos ha cantado “la Angélica”. Noche, con luz, iluminados, y noche en la que dejamos la desorientación y se nos ofrece el camino. La Palabra que acabamos de escuchar nos orienta; nos ha recordado de dónde venimos, quienes somos, sobre todo: Quien nos ama. Nos ha conducido a los orígenes, desde la Creación, la Pascua de Israel, y la palabra profética en Isaías y Ezequiel que anuncia “un agua pura” y “un corazón puro”, hasta el cumplimiento de todo ello, en la Resurrección del Señor, narrado por S. Mateo; y de cómo somos nosotros incorporados a Él, al resucitado, gracias al Bautismo.

También, la oscuridad, el peso del dolor, de la cruz, el vacío y la soledad se apodera de muchos en estos momentos; pero igual que Dios sacó de la nada todo lo que existe, en la creación; igual que escuchó el grito de Israel, y lo liberó, igual que del sepulcro surgió su Hijo; igual, nos libraré de este trance. Un trance en el que, seguro, está sembrando salvación y bien para

los que se abren a buscarle, a gritarle, a esperar en Él. Importa confiar en el Padre, como María. Ella no dejó de creer y esperar. Tras la Resurrección Jesús se dedicó en sus apariciones a restaurar a sus amigos rotos, pero María en pie esperaba con fe. La primera fue, por ello –y por amor-, en encontrarse con su Hijo (así nos lo dice la tradición en nuestros pueblos).

La Resurrección está, pues, claramente atestiguada en la Palabra. La Resurrección está certificada por los hechos. ¿Cómo se explica el cambio de Emaús? ¿Y la transformación de los apóstoles? El Viernes Santo, huidos; el Sábado Santo, ni se sabe; ellos mismos son otros, tras escuchar, tocar, comer, estar con el Resucitado.

Hemos entrado en el tiempo pascual –cincuentena pascual que nos lleva a Pentecostés-, de ella se pueden decir muchas cosas, preciosas. Destaco: el consuelo que supone cada encuentro con Él, de los suyos. Consuelo y alegría. Que sea así en nosotros, por experimentar al Resucitado.

Estamos unidos a Él por el Bautismo, nos ha recordado San Pablo. Estamos unidos a Él en la Eucaristía. Participamos de su Resurrección. Desde casa vivid vuestro Bautismo, somos, gracias a él, hijos de Dios y miembros de su Iglesia. Acompañadnos diciendo y haciendo de corazón la Renovación de las promesas bautismales –dentro de un momento-. Desde casa, uníos espiritualmente a Cristo Resucitado en la Eucaristía, por la comunión espiritual.

Y tened esperanza, tened confianza en el amor del Señor que no nos deja; es muy duro lo que estamos viviendo, pero dentro del mal, quizás esto nos haga desear y valorar cosas: el deseo de rezar, de sentir el consuelo del Señor; el deseo de ir a Misa y comulgar; el valor de poder entrar en una Iglesia y mirar la imagen querida que llevamos grabada en el alma; valorar el sacar a la calle nuestra fe en la seriedad y sentimiento de nuestras procesiones de Semana Santa; quizás nos ayude, lo que pasa, esta privación y este drama, a desear y valorar.

De momento ahora vamos a vivir el gozo de su Resurrección, de su victoria sobre la muerte, que es por la fe y el Bautismo, nuestra victoria. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**

Obispo de Orihuela-Alicante